

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Comité editorial honorario: Emilio Alanís Patiño, Emigdio Martínez Adame, Raúl Ortiz Mena, Felipe Pazos, Raúl Prebisch y Raúl Salinas Lozano. **Comité editorial:** *México:* Gerardo Bueno, Edmundo Flores, José A. de Oteyza, Leopoldo Solís M., Carlos Tello y Manuel Uribe Castañeda. *Brasil:* Celso Furtado y Francisco Oliveira. *Colombia:* Constantino V. Vaitsos. *Chile:* Jacques Chonchol, Fernando Fajnzylber W., Alejandro Foxley y Osvaldo Sunkel

Director: Óscar Soberón M.

Secretario de redacción: Guillermo Escalante

VOL. L (3) MÉXICO, JULIO-SEPTIEMBRE DE 1983 NÚM. 199

SUMARIO

ARTÍCULOS:

Jorge Graciarena, <i>La industrialización como desarrollo. Políticas industrializadoras, orden social y estilos neoliberales</i>	1211
• Ernest Feder, <i>El arsenal alimentario y la autosuficiencia en la alimentación</i>	1255
Ricardo Ffrench-Davis, <i>Aperturismo indiscriminado e inestabilidad externa</i>	1271
Alejandro Foxley, <i>Las políticas de estabilización neoliberales: Lecciones de la experiencia</i>	1299
Celso Furtado, <i>Las relaciones comerciales entre la Europa Occidental y la América Latina</i>	1319
Albert O. Hirschman, <i>La estrategia del desarrollo económico</i>	1331
Joseph Hodara, <i>La planeación económica observada por un sociólogo</i> ..	1425
• Ricardo Lagos y Víctor E. Tokman, <i>Monetarismo global, empleo y estratificación social</i>	1437

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Av. Universidad 975, 03100 México D. F.

Director: Jaime García Terrés; **Gerente de producción:** Felipe Garrido.

SUCURSALES: *Argentina:* Suipacha 617, Buenos Aires; *Colombia:* Av. Jiménez 8-39, Bogotá; *Chile:* Tarapacá 1224, Santiago de Chile; *España:* Vía de los Poblados, s/n, Edif. Indubuilding 4-15, Madrid 33; *Perú:* Berlín 238, Miraflores, Lima; *Uruguay:* Editorial Losada Uruguaya, S. A., Maldonado 1092, Montevideo; *Venezuela:* Edificio Capriles, local E. 23, Plaza Venezuela, Caracas. EL TRIMESTRE ECONÓMICO aparece en los meses de enero, abril, julio y octubre. La suscripción anual cuesta: en México, \$1 000.00; en el extranjero, Dls. 100.00. Número suelto: en México, \$350.00; en el extranjero, Dls. 35.00. En España, Centro y Sudamérica se otorga 55 % de descuento sobre los precios en dólares. Suscripciones y anuncios: Teléfono 524-22-04, señora Irma Barrón de Villarreal.

Eduardo Lizano, <i>El Mercado Común Centroamericano en una época de turbulencia</i>	1
Félix Lobo, <i>Teoría y política del desarrollo económico en el último cuarto del siglo xx. Nuevo orden económico internacional y estrategia de las necesidades básicas</i>	15
Markos Mamalakis, <i>Una estrategia de desarrollo relacionada con los servicios: Algunas consideraciones básicas</i>	15
Jesús Marcos Yacamán, <i>Análisis de la inflación en México</i>	15
• José Antonio Ocampo, <i>Precios internacionales, tipo de cambio e inflación: Un enfoque estructuralista</i>	15
• Carlos Rozo y David Barkin, <i>La producción de alimentos en el proceso de internacionalización del capital</i>	16
Francisco R. Sagasti, <i>Hacia la incorporación de la ciencia y la tecnología en la concepción del desarrollo</i>	16
José Luis Sampedro, <i>Triple nivel, doble estrategia y otro desarrollo</i> ...	16
Constantine V. Vaitsos, <i>El keynesianismo internacional, las actividades de las empresas mundiales y el desarrollo nacional. Comentarios sobre algunos aspectos del Informe Brandt</i>	16
Alberto Valdés, <i>La protección agrícola en los países industrializados: Su costo para la América Latina</i>	16
Carlos Matus, <i>Planeación normativa y planeación situacional</i>	17

DOCUMENTOS:

Balance preliminar de la economía latinoamericana en 1982	17
Ley de Planeación	18

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS:

Aldo Ferrer, <i>La posguerra. Programa para la reconstrucción y desarrollo económico de la Argentina</i> , El Cid Editor, Fundación para la democracia en Argentina, Buenos Aires, 1982, 140 pp. (Juan Velarde Fuertes)	18
• Ensayos de Francisco R. Sagasti, <i>Ciencia, tecnología y desarrollo</i> , Serie de Lecturas de EL TRIMESTRE ECONÓMICO, núm. 42, FCE, México, 1981, 361 pp. (Guillermo Thornberry)	18
• Real Academia Española, <i>Don Alvaro Flórez Estrada, un español excepcional (1766-1853)</i> , discurso leído el día 28 de noviembre de 1982 en su recepción pública por el Excmo. Sr. D. Jesús Prados Arrarte y contestación del Excmo. Sr. D. Alfonso García Valdecasas, Madrid, 1982, 211 pp. (Juan Velarde Fuertes)	18

PUBLICACIONES RECIBIDAS

REVISTA DE REVISTAS

© Fondo de Cultura Económica

ISSN 0041-301

MONETARISMO GLOBAL, EMPLEO Y ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

*Ricardo Lagos y Víctor E. Tokman **

I. INTRODUCCIÓN

El propósito principal de este trabajo consiste en analizar los cambios que se han generado en la estructura ocupacional como resultado de la aplicación de las nuevas políticas económicas basadas en el monetarismo global. Para ello se analiza la situación de la Argentina y Chile, países que han adoptado y mantenido durante la última década las mencionadas políticas, introduciendo modificaciones importantes en sus estructuras económicas y sociales.

El análisis de los cambios ocurridos en la última década se ubica dentro de las tendencias registradas en los últimos treinta años en ambos países. Con ello se pretende determinar en qué medida las modificaciones ocurridas recientemente por efectos de los cambios en las políticas económicas significan alteraciones en las tendencias del largo plazo o bien continuaciones de las mismas. El trabajo postula que los cambios ocupacionales ocurridos como resultado de dichas políticas económicas no implican una ruptura con el pasado, sino que la profundización de las mencionadas tendencias es de tal magnitud que genera un cuadro económico y social enteramente distinto.

El análisis de la estructura ocupacional se ha hecho teniendo como perspectiva la posibilidad de que otros, más idóneos que estos autores, puedan efectuar un estudio del efecto que dichas modificaciones ocupacionales tienen sobre las relaciones sociales de dichos países. Son numerosos los trabajos que a partir de los análisis clásicos han intentado verificar si es efectivo que el desarrollo económico genera fuerzas sociales que adoptan características contradictorias.¹ Aquí se dan sólo algunos esbozos de las características ocupacionales que las cifras estadísticas permiten establecer y que pueden ayudar a realizar un análisis de las distin-

* Los autores son funcionarios del PREALC. Se quiere dejar constancia de la eficaz asistencia recibida de Victoria Contreras en la preparación del material estadístico que sirvió de base para este trabajo. Los autores se beneficiaron de los comentarios de René Cortázar, Enzo Faletto, Alejandro Foxley, Eduardo García, Norberto González, Adolfo Gurrieri, Rubén Kazman, Osvaldo Sunkel y Héctor Szretter. Si bien se han utilizado algunas de sus sugerencias no ha sido posible aprovecharlas todas sin extender en exceso este trabajo. No es necesario decir que la responsabilidad es exclusiva de los autores.

¹ Se inscriben dentro de estos análisis los que se basan en las categorías enunciadas por Marx y posteriormente adoptadas por Weber.

tas clases y de la evolución que éstas han tenido en los dos países analizados.

Para los efectos de este trabajo, proletarización se define como la relación entre la clase obrera y el total de la población económicamente activa (PEA), sea la PEA total del país o sólo referida al sector urbano. La clase obrera ha sido definida en el sentido más estricto, esto es, aquellos trabajadores que reciben un salario en el sector industrial amplio (incluyendo minería, construcción y electricidad). Es claro, sin embargo, que existe un problema de terminología porque el concepto definido en el siglo pasado restringido a los obreros de la industria manufacturera permitía identificar simultáneamente al proletariado y la clase obrera, pero la situación hoy día es de mayor complejidad. En particular, subsiste el problema de identificación de los trabajadores no industriales, los que contrariamente a las predicciones decimonónicas se han caracterizado por su expansión durante el desarrollo del capitalismo en el siglo XX.

Diversas son las respuestas que se ha intentado dar a este problema. Desde Poulantzas (1975) que distingue entre trabajador productivo y no productivo, incluyendo sólo los primeros como clase obrera, hasta aquellas concepciones más amplias que cuestionan el mundo polar biclasista: proletariado y burguesía.² Como se señaló, no es nuestra intención entrar en esta discusión. Nos basta destacar la necesidad de avanzar en la clasificación de estos nuevos contingentes de asalariados no industriales, pues si el término clase obrera es sinónimo de trabajadores en sentido amplio, prácticamente toda la población lo sería. En este caso el concepto pierde relevancia.

No es algo nuevo sostener que existe una clara diferenciación de la evolución de la estructura ocupacional y el efecto de ésta sobre las clases sociales entre los países desarrollados y los en desarrollo. Son muchos los autores que han planteado esta situación (Touraine y otros, 1967; Lloyd, 1982). Respecto a la América Latina, Cardoso y Reyna (1968) han sostenido que como resultado de la modernización y la industrialización de la economía latinoamericana se ha producido lo que ellos denominan "un movimiento contradictorio": formación rápida y numéricamente no desdeñable de gérmenes de una estructura de clases relativamente integrada, dinámica, quizás abierta a intensos procesos de movilidad social, al lado de la formación no menos acelerada de amplias capas sociales permanentemente no integradas y posiblemente "en disponibilidad" en cuanto su forma de relación con los valores, las instituciones y, en una

² Para una interesante discusión sobre este tema véase Mouffe (1982).

palabra, el "modo de vida" de la "sociedad industrial en formación". Para estos autores el resultado del estilo de desarrollo es la aparición de un cierto dualismo. Si bien dicho estilo confirma que el avance económico trae como consecuencia el surgimiento de una clase obrera, surge además lo que ellos denominan una masa marginal (capas periféricas) que se vincula en forma débil al sector moderno de la economía y que difícilmente puede ser considerada dentro de la concepción clásica de clase a que da lugar el proceso de desarrollo. Esto implicaría que el tipo de desarrollo conduce a un cierto grado de desarticulación social en tanto no siempre se logra el establecimiento de una clase que tenga intereses similares como resultado del proceso de modernización.

Otro concepto de desarticulación es el que introduce Touraine (1975), el cual se encuentra basado en una concepción distinta. La desarticulación para este autor es resultado de la naturaleza dependiente de las sociedades latinoamericanas, que genera un dualismo en su estructura como resultado del sector externo subordinado. Así, se divide la sociedad en dos sectores por la existencia de un sector privilegiado ligado a los intereses extranjeros y un sector nacional marginalizado o simplemente subprivilegiado. Este dualismo no implica solamente una diferencia en las situaciones económicas sino que también genera diferencias en las conductas sociales.

Debe notarse que los dos países seleccionados, además de haber aplicado de manera sostenida políticas económicas basadas en un enfoque monetarista global, eran los países más industrializados y más modernos de la región ya en 1950.³ Por este motivo sería de esperar que en el contexto latinoamericano sean los que más se deberían haber acercado al modelo teórico de proletarización creciente.

Para terminar esta introducción quizá sea oportuno mencionar dos notas de precaución. La primera se refiere al hecho de que no se puede inferir automáticamente una posición o relación de clase exclusivamente de una situación de carácter económico u ocupacional. La posición económica es un elemento que ayuda a definir una relación de clase, pero no es el único.

La segunda nota de atención se refiere a recordar dificultades de tipo estadístico. Toda vez que se intenta hacer un estudio de este tipo es necesario recurrir a caracteres externos que pueden tipificar a los agentes

³ Medidos por la participación del producto industrial en el producto total y por la proporción de ocupados en los sectores tradicional agrícola e informal urbano. Véase PREALC (1980a y 1981a), respectivamente.

sociales, y de allí entonces que muchas veces puede surgir la confusión entre los caracteres de los agentes y la posición de clase de los mismos. Las fuentes estadísticas habituales, aunque utilizadas ampliamente en la práctica de investigación en ciencias sociales, constituyen de hecho sub-productos de prácticas administrativas sujetas a imposiciones de variada índole que no necesariamente obedecen a los propósitos de la investigación.

En la segunda sección se analizarán los cambios acaecidos en los veinte años que preceden a la década del experimento monetarista, para en la tercera concentrarse en los efectos de dicho experimento. Finalmente, en la cuarta sección se efectúa una recapitulación del análisis, intentando plantear algunas cuestiones (más que conclusiones) que sugiere el mismo.

II. LAS TENDENCIAS DE LARGO PLAZO DE LA ESTRUCTURA SOCIAL

Como se ha dicho anteriormente, hay diversos trabajos escritos durante la década de los sesenta que llaman la atención acerca de las implicaciones de los cambios en materia de empleo sobre la estratificación social. En particular, dichos trabajos levantan, basados en el escaso crecimiento de la participación del sector industrial en el empleo, dudas sobre la validez del análisis del proletariado como medio de vanguardia para generar cambios en la estratificación social.

El argumento de manera muy simplificada se basa, por un lado, en la caída de la participación del sector industrial como absorbedor de mano de obra en términos relativos y la consiguiente expansión de los sectores terciarios. Se resalta, sin embargo, que a pesar de la caída de su participación el sector industrial absorbe un número absoluto creciente de personas, que dicho crecimiento se produce en mayor medida en el sector fabril y en las empresas de gran tamaño, y que dado el crecimiento acelerado del producto en el sector industrial las personas allí ocupadas comandan un monto de recursos creciente. Finalmente se observa también una expansión de las ocupaciones no manuales en relación con las manuales.

Estos rasgos principales permiten cuestionar aquellos enfoques que predecían una tendencia lineal del proceso de industrialización que a imagen de los países desarrollados iría absorbiendo proporciones crecientes de fuerza de trabajo y generando un nivel de proletarización cada vez más importante.

Para los fines de este trabajo conviene analizar en qué medida dicho diagnóstico es válido para interpretar la evolución experimentada en la

Argentina y Chile en los veinte años que transcurren entre 1950 y 1970. Para ello revisaremos la información disponible desde tres ángulos diferentes. Por un lado, la evolución sectorial del empleo; por otro, los cambios ocurridos entre estratos modernos y tradicionales, y por último, la participación de los ocupados en puestos de trabajo proletarios tanto en su definición restringida referida a los sectores productores de bienes, como en general a todos aquellos que efectúan trabajos asalariados manuales.

El análisis de los cambios sectoriales permite observar que en ambos países el empleo agrícola pierde participación (diez puntos de porcentaje en la Argentina y cinco en Chile) y que se expanden los sectores terciarios de comercio, servicios y transporte. La industria manufacturera se mantiene en ambos países relativamente constante, absorbiendo alrededor de 24 % de la fuerza de trabajo en la Argentina y de 20 % en Chile (véase cuadro 1). Debe señalarse que esta última cifra oculta cambios importantes en el interior de la industria manufacturera dado que el empleo fabril se expande más aceleradamente que aquel de los sectores artesanales.

Por otro lado, conviene analizar el comportamiento en el interior de los sectores agrícolas y no agrícolas, según el grado de modernización y organización de las unidades productivas. Para ello, y siguiendo la me-

CUADRO 1. Estructura de la población económicamente activa por rama de actividad económica, 1950, 1960 y 1970

(Porcentajes)

Rama de actividad económica	Argentina			Chile		
	1950	1960	1970	1950	1960	1970
Total PEA	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Agricultura	27.5	21.8	17.9	32.0	31.0	27.2
Minería	0.5	0.6	0.5	5.1	4.0	3.0
Industria	24.5	27.1	23.5	19.7	18.8	20.7
Construcción	4.8	6.2	8.5	4.6	5.9	6.0
Electricidad	0.6	1.2	1.2	1.0	0.8	0.8
Comercio	13.6	13.2	17.6	10.6	10.5	11.3
Transporte	6.5	7.6	7.2	4.4	5.2	6.2
Servicios	22.0	22.3	23.6	22.6	23.8	24.8

FUENTE: Elaboración PREALC a base de censos de población.

NOTA: La clasificación de rama de actividad económica corresponde a la CITE 1.

todoología desarrollada por el PREALC, se puede distinguir dentro del sector agrícola aquella parte del empleo que desarrolla ocupaciones modernas, de la parte de las tradicionales. En relación con el empleo urbano se distinguen también las actividades formales de las que se concentran en el sector informal urbano, que agrupa actividades de baja productividad, escaso tamaño, poca organización y rudimentaria división del trabajo.

En el cuadro 2 pueden observarse los principales cambios ocurridos en el periodo analizado en ambos países. En primer lugar, en los dos países el sector tradicional agrícola emplea una proporción creciente de la fuerza de trabajo del sector, mientras que la agricultura moderna absorbe proporciones cada vez menores de la fuerza de trabajo total y de la del sector. Así en la Argentina en 1950 la agricultura moderna absorbía 20 % de la fuerza de trabajo total y 72 % de la fuerza de trabajo en el sector agrícola, mientras que en 1970 dichas proporciones se reducen a 11 y 62 % respectivamente. En Chile la evolución es similar ya que en 1950 se ocupaban en la agricultura moderna 23 % de la fuerza de trabajo total y 72 % de la fuerza de trabajo del sector, y veinte años después dichos coeficientes se reducen a 18 y 66 %, respectivamente. Esto parece sugerir que la incapacidad de los sectores agrícolas modernos por retener una proporción creciente de la fuerza de trabajo constituyó uno de los factores expulsivos que motivaron los grandes movimientos migratorios ocurridos en ambos países durante ese periodo.

El aumento registrado en el empleo no agrícola se basa fundamentalmente en una expansión relativa de los sectores formales urbanos. Se nota en ambos países un crecimiento tanto relativo como absoluto de los ocupados en dichos sectores. El aumento de participación en la fuerza de trabajo total es de alrededor de diez puntos de porcentaje, mientras que las tasas anuales de crecimiento del empleo formal alcanzan en la Argentina 2.1 % y en Chile 2.4 %, comparado con un crecimiento de la fuerza de trabajo total de 1.4 % por año en ambos países.⁴ Por otro lado, el sector informal urbano (sin incluir las empleadas domésticas) ocupa una proporción decreciente tanto de la fuerza de trabajo total como de la urbana. No obstante, en ambos países se registran aumentos en el número de personas que desarrollan ese tipo de actividades.

Conviene tener presente que la Argentina y Chile se ubican dentro del

⁴ Este comportamiento, por cierto, no es exclusivo de la Argentina y Chile sino que, contrariamente a lo que usualmente se supone, se registra para la América Latina en su conjunto. Así, durante ese mismo periodo el crecimiento del empleo formal para la región en su conjunto fue de 3.7 % por año, comparado con un crecimiento de la fuerza de trabajo de 2.4 %. Véase Tokman (1981).

CUADRO 2. Segmentación de la población económicamente activa, 1950, 1960 y 1970

	Argentina						Chile					
	1950		1960		1970		1950		1960		1970	
	Porcen- taje PEA total	Porcen- taje PEA sectorial										
Total PEA ^a	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
PEA agrícola	27.5	100.0	21.8	100.0	17.9	100.0	32.0	100.0	31.0	100.0	27.2	100.0
Moderno ^b	19.9	72.4	14.1	64.8	11.2	62.6	23.1	72.2	18.9	61.1	17.9	65.7
Asalariados agrícolas	15.4	56.1	10.2	46.8	9.0	50.2	22.3	69.6	18.4	59.4	17.2	63.1
Patrones	4.5	16.3	3.9	18.0	2.2	12.4	0.8	2.6	0.5	1.7	0.7	2.6
Tradicional ^c	7.6	27.6	7.7	35.2	6.7	37.4	8.9	27.8	12.1	38.9	9.3	34.3
PEA no agrícola	72.5	100.0	78.2	100.0	82.1	100.0	68.0	100.0	69.0	100.0	72.8	100.0
Formal ^d	57.3	79.1	64.0	81.8	66.5	81.0	45.8	67.4	48.5	70.3	56.1	77.1
Informal ^e	9.5	13.1	8.8	11.2	9.5	11.5	13.8	20.3	12.3	17.8	11.5	15.7
Servicio doméstico	5.7	7.8	5.4	7.0	6.1	7.5	8.4	12.3	8.2	11.9	5.2	7.2

FUENTE: PREALC a base de censos de población.

^a Excluye los trabajadores nuevos.

^b Se obtuvo por diferencia entre PEA tradicional y PEA agrícola.

^c Incluye trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados agrícolas.

^d Se obtuvo por diferencia entre PEA informal y servicio interno con la PEA no agrícola; incluye minería.

^e Incluye trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados, excluyendo los profesionales y los técnicos en actividades no agrícolas.

CUADRO 3. Estructura sectorial de la población económicamente activa en el sector formal urbano, 1950, 1960 y 1970

	Argentina						Chile					
	1950		1960		1970		1950		1960		1970	
	Porcen- taje PEA total	Porcen- taje PEA formal										
Total PEA formal ^a	57.3	100.0	64.0	100.0	66.5	100.0	45.8	100.0	48.5	100.0	56.1	100.0
Asalariados industriales ^b	22.3	39.0	27.5	42.9	28.0	42.1	23.7	51.7	24.1	49.8	24.0	42.7
Obreros industriales ^c					(20.0)	(43.5)	(20.2)	(41.6)			(19.6)	(34.9)
Asalariados comercio, transporte, servicios	24.0	41.8	27.4	42.8	33.5	50.8	20.0	43.6	23.0	47.4	31.0	55.3
Patrones y TCP y FNR profesionales ^d	11.0	19.2	9.1	14.3	5.0	7.5	2.1	4.7	1.4	2.8	1.1	2.0

FUENTE: PREALC con base en censos de población.

^a Definido como en el cuadro 2.

^b Incluye asalariados de minería, industria, construcción y electricidad.

^c En Chile se separa entre obreros y empleados.

^d TCP = Trabajadores por cuenta propia.

FNR = Familiares no remunerados.

grupo de países más modernos de la región (PREALC, 1981a). Por un lado, presentan coeficientes de urbanización de la fuerza de trabajo superiores al promedio (70-80 % en actividades no agrícolas *versus* 58 % para la América Latina en su conjunto), y registran un grado de modernización mayor (en la agricultura 65 % de la fuerza de trabajo en este tipo de actividades *versus* 36 % para la América Latina, y en las actividades no agrícolas 80 *versus* 70 %). Asimismo, la evolución de la estructura del empleo en la Argentina y Chile durante ese periodo se diferencia del promedio latinoamericano en el sentido de que para la región en su conjunto la participación de las actividades informales urbanas se expande no sólo en números absolutos sino también en cuanto a su participación en la fuerza de trabajo total.

Cabe por último analizar la evolución de los asalariados. Por un lado, los asalariados en el sector agrícola caen en términos relativos como porcentaje de la fuerza de trabajo total y de la del sector en ambos países. Dicho comportamiento parece proporcionar evidencia en el sentido que el proceso de proletarianización en el campo no está avanzando como se anticipaba (Klein, 1981).

En relación con el sector urbano la participación del trabajo asalariado puede analizarse desde dos ángulos. El primero se refiere a la definición restringida de ocupaciones asalariadas en los sectores productores de bienes (minería, industria, construcción y electricidad); es decir, las de aquellos trabajadores que podrían considerarse como la vanguardia, o aquellos que por razones de su ocupación tendrían una mayor conciencia de clase. En segundo lugar cabría considerar a aquellos asalariados que desempeñan tareas manuales con independencia del sector en que la desarrollen.

Los asalariados ocupados en los sectores productores de bienes aumentan escasamente su participación en la fuerza de trabajo en la Argentina entre 1950 y 1960, estancándose en alrededor de 42 % de la fuerza de trabajo no agrícola. En Chile mantienen constante su participación en la fuerza de trabajo total y absorben una proporción decreciente de la fuerza de trabajo no agrícola, la que se reduce de 52 a 43 % durante el mismo periodo. En este último país, donde es posible separar los obreros de los empleados en estos sectores, los primeros registran un comportamiento similar al señalado para los asalariados en su conjunto (véase cuadro 3). Este escaso dinamismo relativo no significó empero, que los asalariados no crecieran en términos absolutos. Por el contrario, los mismos registran

CUADRO 4. Estructura de la población económicamente activa en el sector formal urbano, 1950, 1960 y 1970

	Argentina						Chile											
	1950			1960			1970			1950			1960			1970		
	Porcen- taje PEA total	Porcen- taje PEA formal																
Total PEA formal ^a	57.3	100.0	64.0	100.0	66.5	100.0	45.8	100.0	48.5	100.0	56.1	100.0	100.0	56.1	100.0	100.0		
Empleados ^b	15.0	26.2	15.6	24.5	17.5	26.3	8.3	18.2	9.1	18.7	11.8	21.0	18.7	11.8	21.0	21.0		
Personal jerárquico ^c	4.4	7.7	6.4	10.0	6.9	10.4	4.5	9.8	5.0	10.4	5.5	9.9	10.4	5.5	9.9	9.9		
Asalariados ^d	24.0	41.9	29.6	46.2	28.1	42.3	26.4	57.5	27.5	56.6	27.6	49.1	56.6	27.6	49.1	49.1		
Resto	13.9	24.2	12.4	19.3	14.0	21.0	6.6	14.5	6.9	14.3	11.2	20.0	14.3	11.2	20.0	20.0		

FUENTE: PREALC con base en censos de población.

^a Definido como en el cuadro 2.

^b Incluye oficinistas y vendedores.

^c Incluye empleados profesionales técnicos y gerentes.

^d Incluye artesanos, operarios, obreros y jornaleros y conductores de medios de transporte.

una expansión de 2.5 % acumulativo anual en la Argentina y de 1.5 % en Chile entre 1950 y 1970.

Por otro lado, los asalariados que desarrollan oficios manuales (incluyendo artesanos, operarios, obreros y jornaleros, y conductores de medios de transporte) registran un comportamiento similar al de los asalariados de los sectores productores de bienes. En la Argentina aumentan su participación hasta 1960 para decrecer en los diez años siguientes tanto como porcentaje de la fuerza de trabajo total como de la fuerza de trabajo no agrícola. En Chile mantienen su participación como porcentaje de la fuerza de trabajo total y decrecen en relación con la fuerza de trabajo no agrícola (véase cuadro 4).

Por último, si los puestos de trabajo asalariados obreros no constituyeron la fuente creciente de empleo como se esperaba cabe preguntarse hacia dónde se dirigió el empleo. En primer lugar, y tal como puede observarse en el cuadro 4, hay un aumento sostenido en la participación del personal jerárquico. Con todo, ellos no pasan en 1970 de 10 % de la fuerza de trabajo no agrícola en ambos países. Por otro lado, se observa también un aumento sostenido de las ocupaciones asalariadas no manuales (oficinistas y vendedores) las que aumentan en la Argentina de 15 a 17.5 % de la fuerza de trabajo total entre 1950 y 1970 y en Chile de 8 a 12 % durante el mismo periodo.

En síntesis, la información analizada confirma las conclusiones que se alcanzaron con distinta información en la década de los sesenta, en el sentido de que ni el proletariado industrial "de vanguardia" ni los obreros en general representan a través del tiempo una proporción creciente de la fuerza de trabajo, aun cuando durante este periodo se registra un aumento en el número de los mismos. Ello es el reflejo en parte del menor crecimiento de la fuerza de trabajo en la industria manufacturera, que mantiene su participación en el conjunto, y de cambios asimétricos en el interior de los distintos sectores. La expansión de los sectores formales en los campos urbanos se produce con un cambio en la composición en el interior de los mismos, creciendo los puestos de trabajo no manuales en relación con los manuales debido a la importancia creciente que va adquiriendo el personal jerárquico y las ocupaciones de cuello blanco ligadas a los cambios en la composición del producto y a la influencia del progreso técnico. Ello se ve reforzado en los campos agrícolas por una penetración de la agricultura moderna que no es suficiente para absorber proporciones crecientes de la fuerza de trabajo del sector.

III. EL ENFOQUE MONETARIO DEL AJUSTE DE CORTO PLAZO Y LOS EFECTOS SOBRE LA ESTRUCTURA OCUPACIONAL Y LA ESTRATIFICACIÓN SOCIAL EN LOS SETENTA

La evolución de la estructura ocupacional durante la década de los setenta en la Argentina y Chile responde fundamentalmente a los cambios introducidos en sus políticas económicas a partir de 1976 en el primero y de 1973 en el segundo, y que en distinto grado se siguen aplicando hasta el presente. Dichas políticas económicas se caracterizan por alterar de manera sustancial el enfoque estratégico seguido por ambos países durante las décadas pasadas y por lo tanto afectan también de manera significativa la estructura de empleo resultante. Si bien el periodo es reducido en el tiempo los cambios son de tal magnitud que algunas conclusiones generales pueden ya extraerse de las cifras disponibles.

Tres son los factores más importantes que conviene destacar por constituir el trasfondo del análisis empírico que se intenta efectuar en este trabajo.⁵ El primero es el ajuste de la economía necesario para pasar de un modelo de industrialización sustitutiva con altos grados de protección hacia otro casi totalmente abierto al exterior. Este ajuste, combinado con el objetivo prioritario de lograr la estabilidad de precios, resulta durante la década en la generación de niveles de empleo productivo claramente insuficientes en relación con la oferta de trabajo en ambos países. En segundo lugar, la apertura comercial y financiera que persigue la introducción de las ventajas comparativas como criterio de especialización de la producción lleva consigo cambios intersectoriales, fundamentalmente en perjuicio de la industria manufacturera. Asimismo, implica profundos cambios intrasectoriales dado que las empresas deben readecuarse al nuevo modo de funcionamiento del sistema económico, lo que se traduce en cambios de papeles en el interior de las mismas, cobrando mayor importancia las actividades relacionadas con el comercio exterior y las finanzas en detrimento de aquellas de producción propiamente tales. Por último, la filosofía del modelo económico que se implanta postula un cambio en el papel que le cabe al Estado, otorgándole a éste un carácter subsidiario, lo que implica una retirada con respecto a su participación en la actividad económica y en el empleo.

Las políticas económicas seguidas en ambos países se inscriben en el discurso monetarista pero difieren en cuanto a su implantación y por tan-

⁵ Para un análisis detallado de estas experiencias véanse entre otros Foxley (1982b), Canitrot (1980 y 1981) y PREALC (1982).

to en cuanto a sus resultados. No obstante, y tal como lo señala Foxley (1982a) en un trabajo reciente, las diferencias son de ritmo en la aplicación de las políticas más que de contenido. Así, luego de atravesar por una primera fase común de liberación de mercados, control monetario y devaluación, presentan divergencias en una segunda etapa donde se pretende desindizar los precios clave y en particular el tipo de cambio.

En Chile dicha etapa se produce con relativo éxito, desacelerándose el crecimiento de los precios internos, aumentando por tanto los saldos monetarios reales y recuperándose en parte el nivel de los salarios reales. A su vez, el proceso de apertura comercial afecta los precios de los bienes de comercio exterior y la apertura financiera ayuda a bajar las tasas de interés. Es decir, hay una cierta convergencia de precios internos con los internacionales y el escenario está dispuesto para entrar en una tercera fase de monetarismo global y ajuste automático, durante la cual se supone que la economía es capaz de ajustarse por sí sola ante cualquier desequilibrio que se presente.

En la Argentina, por el contrario, la segunda fase se produce sin convergencia de precios y con una reactivación anticipada de la economía la que se genera en parte por la caída de la tasa de interés, producto de la apertura financiera. Esta reactivación implica un deterioro acumulativo del tipo de cambio, lo que significa pérdida de competitividad y una situación insostenible en la balanza de pagos. Es por este mismo motivo que Chile llega en la tercera fase a la misma crisis que enfrentó la Argentina durante la segunda.

Para los efectos del análisis de esta sección se utilizará la información proveniente de encuestas de ocupación basadas en hogares. Para la Argentina la cobertura de las encuestas se limita al Gran Buenos Aires, pero las mismas constituyen un buen indicador de la situación urbana del país⁶ (véase cuadro 5). Para Chile las encuestas son de cobertura nacional. Los años de comparación se seleccionaron tratando de minimizar los sesgos en favor de la hipótesis que se quiere sostener. Así, en ambos países se toma como año terminal fines de 1980, sin considerar las agudas recesiones de 1981 y 1982 que experimentan ambos países y que resultan en aumentos notables en las tasas de desempleo abierto y en caídas significativas en el empleo industrial.⁷ Para la Argentina se tomó como punto

⁶ El Gran Buenos Aires representaba 75.1 % de la ocupación urbana del país encuestada en 1980 y 54.3 % de la desocupación abierta. En términos de PEA urbana el Gran Buenos Aires concentra 40 % de acuerdo con la información censal.

⁷ En la Argentina la tasa de desocupación abierta a comienzos de 1981 registró un aumento, llegando a 5.5 y 3.9 % para todo el país y el Gran Buenos Aires, respectivamente. El

CUADRO 5. *Gran Buenos Aires: segmentación de la población económicamente activa, 1974 y 1980*

	Octubre 1974			Octubre 1980		
	Miles	Porcentaje PEA total	Porcentaje PEA urbana	Miles	Porcentaje PEA total	Porcentaje PEA urbana
Total PEA ^a	3 349.5	100.0		3 470.4	100.0	
PEA agrícola y minera	9.3	0.3		9.8	0.3	
PEA urbana	3 340.2	99.7	100.0	3 460.6	99.7	100.0
Desocupación abierta	85.1	2.5	2.6	77.9	2.2	2.3
PO urbana	3 255.1	97.2	97.4	3 382.7	97.5	97.8
Formal ^b	2 450.2	73.2	73.4	2 410.5	69.5	69.7
Informal ^c	592.7	17.7	17.7	751.7	21.7	21.7
Servicio doméstico	212.2	6.3	6.3	220.5	6.3	6.4

FUENTE: Elaboración PREALC con base en Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. *Encuesta permanente de hogares 1974 y 1980* (Buenos Aires, INDEC, s.f.).

^a Excluye 305.2 trabajadores de la categoría no especificados en 1974 y 316.2 trabajadores en 1980.

^b Se obtuvo por diferencia entre PO informal y servicio doméstico con la PO urbana.

^c Incluye trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados excluyendo los profesionales y técnicos en actividades urbanas. Estos últimos estimados según censo de 1970.

de partida octubre de 1974 y para Chile el promedio 1970-1971, a fin de no alterar la comparación con el año inmediato anterior al experimento monetarista.

Dadas las limitaciones en la información disponible sólo es posible analizar los cambios ocurridos en el mercado de trabajo agrícola en Chile. Al parecer, las políticas económicas seguidas durante los setenta, junto con los drásticos cambios en el proceso de tenencia de la tierra ocurridos durante la década, no alteraron el comportamiento histórico señalado en la sección anterior. Se registra una disminución de la fuerza de trabajo ocupada en el sector tanto en términos absolutos como relativos, pero es

empleo industrial durante 1981 se contrajo en alrededor de 14% y la información sobre producto industrial para el primer trimestre de 1982 muestra una caída de 5.4%. En Chile en mayo de 1982 la tasa de desocupación abierta para el Gran Santiago, de acuerdo con el Instituto Nacional de Estadísticas, alcanzó 17.4%, siendo aún mayor en la industria manufacturera (25.6%). Según el Departamento de Economía de la Universidad de Chile dicha tasa fue de 19.1% para Santiago y de 18.4% para todo el país en marzo de 1982. Las cifras anteriores no incluyen el Programa de Empleo Mínimo. La producción industrial creció en sólo 0.1% en 1981 y se contrajo 13.5% durante el primer trimestre de 1982.

la agricultura moderna y en particular son los asalariados los que disminuyen más aceleradamente. Por el contrario, el sector tradicional se estabiliza en cuanto al número absoluto de ocupados y continúa aumentando como porcentaje de la fuerza de trabajo del sector (véase cuadro 6).

Esta mayor retención de mano de obra del sector agrícola tradicional reafirma por un lado la tendencia observada en el largo plazo y permite cuestionar las hipótesis de proletarización creciente en el agro, y por el otro sugiere que el deterioro en la situación urbana obliga a la fuerza de trabajo migrante potencial a refugiarse en este tipo de actividades. Esto último implicaría un deterioro en la productividad y en los ingresos medios de los allí ocupados. Las particularidades de este mercado del trabajo, especialmente en situaciones de cambio tan profundo, requieren un análisis más detallado que escapa a los objetivos de este trabajo y al conocimiento de los autores.⁸

Es, sin embargo, en las zonas urbanas donde se producen los cambios más importantes en relación con el mercado de trabajo y con la estratificación social. El proletariado industrial decrece cuantitativamente y se desmoviliza estructuralmente, aumenta la heterogeneidad en el interior del mismo y su importancia estratégica disminuye. En lo que resta de esta sección desarrollaremos los aspectos mencionados.

1. *Disminución cuantitativa de los asalariados industriales*

Durante el periodo analizado se observa en la Argentina y en Chile que el proletariado urbano disminuye tanto en términos relativos como absolutos. Así, los asalariados ocupados en los sectores productores de bienes (industria, minería, construcción y electricidad), que como señaláramos anteriormente constituían la vanguardia social, disminuyen en la Argentina de 35 a 30% de la población ocupada total y de 48 a 43.5% del empleo formal. En Chile se registra una situación similar cayendo la participación de los asalariados en dichos sectores de 23 a 17% de la PEA total y de 43.4 a 37.8% de los ocupados en los sectores formales urbanos. Más aún, no sólo se contrae proporcionalmente la importancia de dichos sectores sino que contrariamente a lo ocurrido en el pasado se registra una caída en valores absolutos. En la Argentina en 1980 existen 128 800 asalariados menos que los que había en 1974. En Chile entre 1970-1971 y 1980 la reducción alcanzó a 63 mil trabajadores (véanse cuadros 7 y 8).

⁸ Véanse, por ejemplo, Klein (1981), Olavarría (1978) y PREALC (1981c).

La disminución señalada es todavía más aguda en el caso de la Argentina si se considera la industria manufacturera por separado. En dicho sector se registra una reducción de alrededor de 170 mil trabajadores en el período analizado. En Chile, donde se puede separar dentro de los asalariados el comportamiento de los obreros en relación con los empleados, puede observarse que la reducción de los mismos es aún mayor que la del total de los asalariados de dicho sector. Así, en 1970-1971 los obreros en los sectores productores de bienes representaban 34.1% de la ocupación de los sectores formales y se reducen a 25.7% en 1980, y en particular la industria manufacturera registra una caída de alrededor de 54 mil obreros durante dicho período. Más aún, en 1980 Chile registra 115 mil obreros industriales menos que los que tenía en el año inicial.

CUADRO 7. Gran Buenos Aires: estructura de la población ocupada en el sector formal urbano, 1974 y 1980

	1974		1980	
	Miles	Porcentaje PEA total	Miles	Porcentaje PEA total
Total empleo formal ^a	2 450.2	73.2	2 410.5	69.5
— Asalariados industriales ^b	1 176.5	35.1	1 047.7	30.2
— Asalariados finanzas	944.9	28.2	960.8	27.7
— Patronos y TCR y FNR profesionales	108.9	3.3	148.0	4.3
	219.9	6.6	254.0	7.3

FUENTE: Elaboración PREALC con base en INDEC: Encuesta permanente de ... op. cit.
^a Definido como en el cuadro 5.
^b Incluye asalariados de industria manufacturera, construcción y electricidad.
^c Resto de asalariados.

La caída de los ocupados en posiciones asalariadas obreras en los sectores productores de bienes y en la industria manufacturera en particular se acompaña también de una disminución en el total de obreros, independientemente del sector en que se ubican. Dicha información, solamente disponible para el caso de Chile, muestra que durante el período analizado la proporción de obreros en el conjunto de los sectores urbanos se reduce de 56.4 a 48.1% de la ocupación de los sectores formales, lo que significa una reducción en valores absolutos de alrededor de 98 mil trabajadores (véase cuadro 9).

FUENTE: Elaboración PREALC con base en INE, Muestra nacional de hogares. Encuesta continua de mano de obra, julio-octubre de 1967, Santiago, INE, 1968; encuesta nacional de 1970, Santiago, INE, 1968; julio-diciembre 1971, Santiago, INE, s. f. 1970-1971 corresponde al promedio entre las encuestas de enero-agosto 1970 y julio-diciembre 1971.
^a Se obtuvo por diferencia entre po tradicional y po agrícola.
^b Incluye trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados agrícolas.
^c Se obtuvo por diferencia entre po informal y servicio doméstico con la po no agrícola; incluye minera.
^d Incluye trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados excluyendo los profesionales y técnicos en actividades no agrícolas.
^e Los 207,2 trabajadores del Programa del Empleo Mínimo se excluyeron del sector formal. Promedio octubre, noviembre y diciembre.

Miles	1967		1970-1971 ^a		1980	
	Porcentaje PEA total	Porcentaje PEA sectorial	Porcentaje PEA total	Porcentaje PEA sectorial	Porcentaje PEA total	Porcentaje PEA sectorial
2 804.3	100.0	100.0	2 940.0	100.0	3 635.6	100.0
144.0	5.1	93.8	93.8	3.2	378.4	10.4
2 660.3	94.9	2 846.6	96.8	3 257.2	89.6	—
697.6	24.9	572.6	19.5	558.7	15.4	100.0
13.9	0.5	8.4	0.3	1.5	0.8	4.9
397.0	14.2	304.6	10.4	53.2	27.6	48.4
358.8	12.8	284.3	9.7	49.7	7.4	44.1
38.2	1.4	20.3	0.7	3.5	0.6	4.3
286.7	10.2	259.6	8.8	45.3	7.2	46.7
2 106.7	75.1	2 367.4	80.5	3 076.9	84.6	100.0
130.1	4.6	85.4	2.9	3.6	9.6	11.4
1 385.1	49.4	1 567.3	53.3	66.2	45.0	53.1
431.1	15.4	523.4	17.8	22.1	18.7	22.2
160.4	5.7	191.3	6.5	8.1	5.6	6.6
—	—	—	—	—	207.2 ^c	6.7

CUADRO 8. Chile: estructura sectorial de la población ocupada en el sector formal, urbano, 1967, 1970-1971 y 1980

	1967			1970-1971 ^a			1980		
	Miles	Porcentaje PEA total	Porcentaje PO formal	Miles	Porcentaje PEA total	Porcentaje PO formal	Miles	Porcentaje PEA total	Porcentaje PO formal
Total empleo formal ^b	1 385.1	49.4	100.0	1 567.3	53.3	100.0	1 634.3	45.0	100.0
— Empleados industriales ^c	120.2	4.3	8.7	146.1	4.9	9.3	198.0	5.5	12.1
— Obreros industriales ^d	443.0	15.8	32.0	534.4	18.2	34.1	419.3	11.5	25.7
— Asalariados ^e	757.1	27.0	54.6	843.6	28.7	53.8	935.2	25.7	57.2
— Patrones y TCP y FNR profesionales	64.8	2.3	4.7	43.2	1.5	2.8	81.8	2.3	5.0

FUENTE: Elaboración con la base en INE, *Muestra nacional de... op. cit.*; *Encuesta nacional de... op. cit.*

^a 1970-1971 corresponde al promedio entre las encuestas de enero-agosto 1970 y julio-diciembre 1971.

^b Definido como en el cuadro 6.

^c Incluye empleados de minería, industria manufacturera, construcción y electricidad.

^d Incluye obreros de minería, industria manufacturera, construcción y electricidad

^e Resto de asalariados.

CUADRO 9. Chile: estructura de la población ocupada en el sector formal urbano, 1967, 1970-1971 y 1980

	1967			1970-1971 ^a			1980		
	Miles	Porcentaje PEA total	Porcentaje PO formal	Miles	Porcentaje PEA total	Porcentaje PO formal	Miles	Porcentaje PEA total	Porcentaje PO formal
Total empleo formal ^b	1 385.1	49.4	100.0	1 567.3	53.3	100.0	1 634.3	45.0	100.0
— Empleados ^c	324.6	11.6	23.4	383.4	13.0	24.5	549.0	15.1	33.6
— Personal jerárquico ^d	144.4	5.1	10.4	160.4	5.5	10.2	216.9	6.0	13.3
— Asalariados ^e	724.9	25.9	52.4	884.0	30.1	56.4	785.9	21.6	48.1
— Resto	191.6	6.8	13.8	139.5	4.7	8.9	82.5 ^f	2.3	5.0

FUENTE: Elaboración PREALC con base en INE, *Muestra nacional de... op. cit.*; *Encuesta nacional de... op. cit.*

^a 1970-1971 corresponde al promedio entre las encuestas de enero-agosto 1970 y julio-diciembre 1971.

^b Definido como en el cuadro 6.

^c Incluye oficinistas y asalariados del comercio.

^d Incluye empleados profesionales, técnicos y gerentes.

^e Incluye asalariados obreros, artesanos jornaleros y conductores de medios de transporte.

^f Excluye 207.2 trabajadores del Programa del Empleo Mínimo.

2. Desmovilización estructural

Una de las características de las nuevas políticas económicas seguidas tanto por la Argentina como por Chile durante el periodo analizado es que resultan en una insuficiente creación de empleo productivo en relación con la oferta disponible. Dicha insuficiencia en la creación de empleo resulta en un aumento de la subutilización de fuerza de trabajo bajo diversas formas, sean éstas por desocupación abierta o por aumento de la participación en los sectores de baja productividad, tanto urbanos como rurales. Ambos países registran comportamientos similares en relación con la participación del empleo generado en el sector formal urbano, el que en la Argentina desciende de 73.2 a 69.7 % y en Chile decrece de 66.2 a 53.1 % de la fuerza de trabajo urbana. Más aún, en el caso de la Argentina no sólo genera proporcionalmente menos empleo sino que también decrece en valores absolutos (véanse cuadros 5 y 6).

Aquellos que acuden al mercado del trabajo en busca de empleos productivos y que ven contraídas sus posibilidades de absorción en los sectores modernos deben contentarse con desempeñar actividades que implican algún grado de subutilización y en los peores casos caen en situaciones de desocupación abierta. Si bien la experiencia de ambos países es similar en cuanto al resultado sobre el nivel de empleo productivo generado, el ajuste de la estructura del empleo a la nueva situación difiere entre ellos.

En la Argentina el ajuste al menor nivel de empleo productivo se efectúa fundamentalmente mediante la expansión de la ocupación en el sector informal urbano (sin incluir las empleadas domésticas), el que crece de 17.7 % de la ocupación urbana a 21.7 % de la misma. La desocupación abierta en las zonas urbanas se mantiene relativamente constante alrededor de 2.5 %. En cambio, el ajuste en el caso de Chile se produce fundamentalmente por aumentos en la desocupación abierta o en formas de subutilización visibles, bajo la denominación de programas de empleo mínimo; mientras que el sector informal urbano se mantiene relativamente estable, absorbiendo durante todo el periodo alrededor de 22 % de la fuerza de trabajo urbana. La desocupación abierta se triplica, pasando de 3.5 a 11.4 % entre 1970-1971 y 1980 y el Programa de Empleo Mínimo, que no existía en el primer año, ocupa a 6.7 % de la fuerza de trabajo urbana en el último.⁹ (Véanse nuevamente cuadros 5 y 6.)

⁹ El ajuste en zonas rurales, al menos en el caso de Chile, para el cual se posee información, se efectúa también principalmente mediante la expansión de la desocupación abierta, la que de significar 1.5 % de la fuerza de trabajo agrícola en 1970-1971, alcanza 4.9 % en 1980.

Si bien el sector informal urbano desempeña un papel diferente ante el ajuste en ambos países, se registran al parecer cambios en su composición que son similares. Así, aquellos que deben engrosar las filas de los ocupados en dicho sector, obligados por la evolución del mercado de trabajo, deben desempeñar actividades que implican niveles de productividad e ingresos inferiores a los que se podían obtener normalmente en las actividades del sector informal urbano.

En la Argentina, por ejemplo, una encuesta realizada sobre el trabajo por cuenta propia en el Gran Buenos Aires permite observar que los que ingresaron a dichas ocupaciones a partir de 1976 se comparan desfavorablemente con los que lo hicieron hacia 1970. El primer grupo presenta menores niveles de calificación, son fundamentalmente mujeres y gente joven, desempeñan actividades en el comercio y perciben ingresos que son inferiores en 20 % en promedio a los que recibe el grupo que ingresara en 1970, y en el caso de los no jefes de familia dicho diferencial asciende a 41 %.¹⁰

En el caso de Chile un estudio efectuado por el PREALC también referido a los trabajadores por cuenta propia permite comparar la estructura de dichas ocupaciones entre 1967 y 1977 concluyéndose que los que más aumentan son los que ganan menos que el ingreso promedio de los trabajadores en este tipo de actividades y aun en varios casos menos que el salario mínimo. Se registra también durante dicho periodo un deterioro en los niveles de escolaridad de los trabajadores por cuenta propia.¹¹

A pesar de las diferencias en el ajuste que efectúan ambos países el resultado es similar en términos de un menor nivel de empleo productivo, lo que significa de hecho una desmovilización estructural de los asalariados. Los mismos al estar afectados crecientemente por situaciones de desempleo y subempleo y al ser excluidos de los sectores más organizados de la producción ven disminuir también sus posibilidades de participa-

¹⁰ De acuerdo con la información de la encuesta, mientras que 50 % de los trabajadores que ingresaron a este tipo de actividad a partir de 1976 es no calificado, para el grupo que ingresó en 1970 dicho porcentaje es de 30 %. Coeficientes similares se registran acerca de la proporción de ocupados en el comercio en ambos grupos. Las diferencias de ingreso percibidas son de 13.1 % cuando se refiere al ingreso medio total y de 20 % cuando se estandariza por horas trabajadas. Véase Argentina, Ministerio de Trabajo: PNUD: OIT (1981).

¹¹ Al efectuarse la comparación se registra un incremento en las ocupaciones de comerciantes, guardianes, zapateros, ebanistas, mecánicos y gasistas a una tasa más acelerada que la expansión promedio de la ocupación por cuenta propia total durante el periodo. Estas ocupaciones registran a su vez ingresos inferiores al promedio de los cuenta propia, y en la mayoría de ellos, ingresos aun inferiores al salario mínimo. Se nota también un aumento en la participación de los ocupados en cuenta propia entre 1967 y 1977 en los tramos de educación con menos de 6 años de escolaridad e incluso un aumento aún mayor en los funcionalmente analfabetos, es decir, aquellos con menos de 3 años de escolaridad. Véase PREALC (1980b).

ción en las decisiones económicas y sociales. En definitiva, la política económica resulta en una reducción en la capacidad de cuestionamiento por parte de los sectores obreros organizados. Dicho debilitamiento a nuestro juicio constituye un resultado compatible con los objetivos globales de los cambios que se impulsan por otros medios en la estructura social.

3. Aumento de la heterogeneidad de los sectores organizados

El ajuste señalado anteriormente implica de hecho un aumento de la heterogeneidad de la fuerza de trabajo en su conjunto, al disminuir la proporción del empleo en los sectores más organizados y aumentar en aquellos que están afectados por distintas formas de subutilización. Dicho aumento de la heterogeneidad del empleo en su conjunto se refuerza con un aumento de la heterogeneidad del trabajo asalariado dentro de los sectores organizados.

Esto se produce por diversos cambios que se registran en el interior de los sectores modernos. Por un lado, por cambios intersectoriales sesgados en contra de la industria manufacturera; por otro, por cambios intrasector, fundamentalmente industrial, sea por tamaño o por cambio en los papeles ocupacionales que deben introducir las empresas para enfrentar el ajuste económico. Asimismo, se registra un aumento en la dispersión salarial y una disminución en el papel del Estado como absorbedor de mano de obra, tendencias ambas que contribuyen también a aumentar la heterogeneidad de los asalariados en los sectores modernos.

La redefinición de la política económica implica de hecho un proceso de desindustrialización, expandiéndose los sectores terciarios y en particular los financieros como consecuencia de la apertura financiera y el desarrollo del mercado de capitales. La desindustrialización produce una disminución de los ocupados en los sectores productores de bienes como proporción de la fuerza de trabajo no agrícola tanto en la Argentina como en Chile. En el primer país se reducen de 44.1 a 41.2 % entre 1974 y 1980, mientras que en el segundo la reducción entre 1970-1971 y 1980 es de 36.8 a 28.3 %. En ambos casos los sectores productores de bienes ven reducidos sus niveles absolutos de empleo en cifras cercanas a los 60 mil trabajadores. Dicha reducción se refleja en la industria manufacturera en particular, que en el caso de la Argentina se contrae de 37.2 a 30.6 % de la fuerza de trabajo no agrícola y en Chile de 23.4 a 19.2 % durante el periodo. La Argentina cuenta en 1980 con 179 400 empleos

industriales menos que en 1974 y en Chile el descenso fue de alrededor de 8 mil puestos de trabajo¹² (véanse cuadros 10 y 11). Esta cifra global oculta la diferente tendencia que existe entre obreros y empleados: es el aumento de los segundos lo que "compensa" la caída de 54 mil puestos de trabajo que sufren los obreros industriales en este lapso.

CUADRO 10. *Gran Buenos Aires: población ocupada por ramas de actividad económica, 1974 y 1980*

	Miles		Porcentajes	
	1974 octubre	1980 octubre	1974 octubre	1980 octubre
Total po urbana ^a	3 255.2	3 382.7	100.0	100.0
Industria	1 212.7	1 033.3	37.2	30.6
Electricidad	36.0	38.4	1.1	1.1
Construcción	198.1	320.8	6.1	9.5
Comercio	548.9	626.8	16.9	18.5
Transporte	232.0	216.2	7.1	6.4
Finanzas	142.1	196.9	4.4	5.8
Servicios	885.4	950.3	27.2	28.1

FUENTE: Instituto Nacional de Estadística y Censos: *Encuesta permanente de...* op. cit.

^a Excluye los trabajadores de agricultura y minería, 9 273 en 1974 y 9 744 en 1980.

NOTA: La clasificación de ramas de actividad económica corresponde a la CITU 2.

La reducción en la participación del empleo industrial se acompaña también de cambios en el interior del mismo. Por un lado aumenta la ocupación en establecimientos pequeños y por el otro disminuyen las ocupaciones relacionadas con la producción directa y aumentan los puestos vinculados a actividades del comercio y las finanzas. La información disponible para Chile muestra, por ejemplo, que la población ocupada en establecimientos industriales de menos de diez personas aumenta su participación en el total de 51.2 % en 1967 a 57.1 % en 1977 (véase cuadro 12). Situación similar parece registrarse en el caso de la Argentina.¹³

¹² Debe notarse el comportamiento diferente asumido por la industria de la construcción en ambos países. En la Argentina el sector de la construcción durante el periodo expande su nivel de empleo y, por ende, amortigua los efectos totales sobre el nivel de la ocupación. En el caso de Chile, por el contrario, la construcción registra una contracción absoluta de los niveles de empleo que supera los registrados por la industria manufacturera.

¹³ No se dispuso de información sobre empleo por tamaño de empresa pero la comparación del índice de empleo industrial basado en establecimientos grandes y medianos muestra un crecimiento menor que el registrado para el empleo industrial en las encuestas de hogares. Ambas encuestas son del Instituto de Estadísticas.

CUADRO 11. Chile: población ocupada por ramas de actividad económica, 1967, 1970-1971 y 1980

Rama de actividad económica	Miles			Porcentajes		
	1967 julio-octubre	1970-1971 Promedio ^a	1980 octubre-diciembre	1967 julio-octubre	1970-1971 Promedio ^a	1980 octubre-diciembre
Total	2 660.3	2 846.2	3 257.2	100.0	100.0	100.0
Agricultura	683.7	564.2	531.1	25.7	19.8	16.3
Minería	55.6	63.7	71.8	2.1	2.2	2.2
Industria	477.5	533.3	525.1	18.0	18.8	16.1
Construcción	159.1	225.4	152.1	6.0	7.9	4.7
Electricidad	14.6	15.4	24.4	0.5	0.6	0.7
Comercio	367.7	412.3	591.4	13.8	14.5	18.2
Transporte	165.0	237.1	211.3	6.2	8.3	6.5
Finanzas	26.5	23.0	100.9	1.0	0.8	3.1
Servicios	710.6	771.8	1 049.1	26.7	27.1	32.2

FUENTE: INE: *Muestra nacional de... op. cit.*; *Encuesta nacional de... op. cit.*

^a Promedio encuestas enero-agosto 1970 y julio-diciembre 1971.

NOTA: Los años 1967 y 1970-1971 se llevaron a la clasificación industrial CIU 2, para hacerlos comparables a 1980.

Los cambios de papeles en el interior de las empresas junto con los cambios intersectoriales redundan en un aumento de las ocupaciones no manuales en relación con las manuales. La escasa información disponible permite observar que en la Argentina la caída de los asalariados industriales se acompaña de una expansión en la participación de los ocupados en otros sectores y en particular de aquellos asalariados en los sectores financieros, que si bien todavía representan una proporción reducida del total de la fuerza de trabajo registran una tasa acelerada de crecimiento en sus niveles absolutos. En el caso de Chile el comportamiento es similar, habiéndose multiplicado por cinco el nivel de empleo en los sectores financieros en el periodo analizado.

Se nota también en el caso de Chile una expansión en la participación del personal jerárquico de las empresas, que aumena de 10.2 a 13.3 % del empleo formal, y se registra asimismo un aumento en la participación de los empleados, que representaban 24.5 % del empleo formal en 1970-1971 y se elevan a 33.6 % en 1980 (véase nuevamente cuadro 9). Como se señaló, dicha expansión obedece en parte a la mayor proporción de empleos no manuales en los sectores no productores de bienes, pero en parte también a los cambios que debieron introducir las empresas para adecuarse al ajuste económico. Estos cambios se refieren a

CUADRO 12. Chile: población ocupada industrial por tamaño de establecimiento

Año	Miles			Porcentaje de PO en establecimientos de menos de 10 sobre PO total
	PO total ^a	PO en establecimientos de menos de 10 ocupados ^b	PO en establecimientos de 10 y más ocupados	
1960	402.3	196.4	205.9	48.8
1961	420.4	211.2	209.2	50.2
1962	446.8	234.2	212.6	52.4
1963	455.7	234.8	220.9	51.5
1964	473.6	238.9	234.7	50.4
1965	493.6	249.5	244.1	50.6
1966	525.3	273.4	251.9	52.1
1967	533.8	273.3	260.5	51.2
1977 ^c	576.1	328.7	247.4	57.1

FUENTE: Dirección de Estadística y Censos: *Industrias manufactureras año 1967* (Santiago, DEC, s/f). Instituto Nacional de Estadísticas: *Industrias manufactureras 1977*. Tomos I y II (Santiago, INE, 1979).

^a Estimación PREALC resultante de la elaboración de un marco global de estadísticas de la ocupación del sector.

^b Obtenido por diferencia entre la ocupación total y la ocupación en establecimientos de 10 ocupados y más.

^c A partir de 1968 la encuesta manufacturera se efectuó en los establecimientos de 50 y más personas ocupadas, por lo que no existe información entre 1967 y 1976.

la apertura comercial y financiera, lo que implica expandir los departamentos de comercio exterior tanto en importación como exportación, y los relacionados con los servicios financieros. Esto se refleja claramente en la composición de los asalariados entre obreros y empleados dentro de la industria manufacturera en el caso chileno. Los obreros representaban 76.4 % de los asalariados en 1970-1971 y se reducen a 66.5 % en 1980.

Por otro lado, aumenta la heterogeneidad de los sectores organizados por la vía de un aumento en la dispersión salarial. Esto es resultado del movimiento desde la industria hacia otros sectores por un lado, y por el otro, de la presencia de contingentes crecientes no incorporados a los sectores organizados que presionan hacia la baja los salarios de base, junto con un proceso de concentración que en alguna medida permite aumentar las remuneraciones del personal jerárquico y de los empleados más incorporados a la dirección de las empresas. Este aumento en el abanico de salarios genera a su vez el reforzamiento de un estamento tecnocrático-profesional el cual pasa a ser un actor social privilegiado, tema éste al que se volverá más adelante.

La información parcial disponible permite avalar estas tendencias. En el caso de la Argentina se nota un aumento sistemático de los sueldos en relación con los salarios, los que se distancian en 30 % entre 1965-1975 y 1980. Asimismo, se registra durante el mismo periodo un aumento de las remuneraciones de los no asalariados sobre los asalariados en todos los sectores económicos, pero en particular, en la industria y en el comercio. (Beccaria, Orsatti y Rupnik, 1982.) En el caso de Chile al compararse las remuneraciones por puestos de trabajo en las empresas más grandes entre 1973 y 1979 se observa que los puestos mejor pagados son los que experimentaron mayores aumentos en sus salarios, mientras que los puestos más bajos han sufrido pérdidas absolutas en términos reales. Ello resulta en que la dispersión salarial en 1979 sea mucho mayor que la que existía en 1973: el coeficiente de variación salarial crece de 52 a 88 % entre ambos años. Más aún, el coeficiente de variación de los salarios, excluyendo los puestos ejecutivos, registra también una expansión de 22 a 50 % entre 1973 y 1979 (PREALC, 1981b).

Por último, el empleo público, que presenta características de homogeneidad mayores que el resto del empleo en los demás sectores modernos, dejó de constituir una fuente importante de absorción durante el periodo analizado. Por el contrario, la particularidad de la estrategia seguida produjo como resultado una alteración significativa también en este tipo de ocupación. El sector público no sólo no proporcionó fuentes crecientes de empleo sino que rompe una larga tendencia registrada en el pasado, en que fue un vehículo de generación importante de las clases medias de ambos países, contribuyendo en alguna medida a amortiguar los efectos de la insuficiente absorción de empleo de los sectores productivos de la economía. En el caso chileno el empleo público crecía entre 1940 y 1960 a una tasa de 3.8 % anual. Dicha tasa se acelera a 4.5 % entre 1964 y 1970. En 1970 existían en Chile aproximadamente 280 mil empleados públicos, que representaban alrededor de 9.5 % de la fuerza de trabajo total. Ocho años más tarde, en 1978, se contaba con el mismo número de empleados públicos, que representaban una proporción inferior de la fuerza de trabajo total^{14, 15} (véase cuadro 13).

¹⁴ Conviene destacar que el nivel alcanzado en 1978 representa una contracción considerable con respecto a los niveles de empleo público alcanzados en 1972 y 1973, pero que para los fines del análisis, por responder a un periodo muy particular de la historia económica chilena, no se lo ha incorporado.

¹⁵ No se dispuso de información sobre la evaluación del empleo público en la Argentina. Sin embargo, algunos estudios (Schvarzer, 1981) sugieren que el número absoluto de funcionarios públicos se habría mantenido, cayendo por tanto al igual que en Chile, su participación en la ocupación total.

CUADRO 13. Chile: empleo en el sector público^a

Años ^b	Total	Servicios administrativos	Entidades de fomento	Servicios sociales	Empresas
1964	209 869	37 274	28 454	94 522	49 619
1970	279 957	46 115	44 258	133 806	55 778
1973 ^c	387 198	51 241	99 337	174 041	62 579
1974	360 210	52 845	69 547	178 285	59 533
1975	325 532	48 884	53 927	173 038	49 683
1976	314 280	47 992	48 853	170 287	47 148
1977	295 888	45 946	38 351	173 171	38 420
1978	293 348	46 181	34 388	176 884	35 895
1979 ^d	292 587	48 766	32 006	176 335	35 480

FUENTE: J. Marshall y P. Romaguera, *La evolución del empleo público en Chile. 1970-1978*, serie Notas Técnicas, núm. 26, Santiago, CIEPLAN, 1981.

^a Se considera una cobertura similar a la definida por el Decreto Ley Orgánico de Administración Financiera del Estado (D.L. 1263), excepto para algunas instituciones que no presentan información. Excluye específicamente las siguientes instituciones: Poder Judicial, Dirección General de Investigaciones, Carabineros de Chile, Contraloría General de la República, Instituto de Seguros del Estado, Banco del Estado, Banco Central, Dirección de Pavimentación de Santiago, Corporación del Cobre, Dirección de Deportes del Estado, IANSA, Comité Maestranza y Fundación CORFO, FAMA, ENAP, ASMAR, Petroquímica Chilena, ENAMI, ENDESA, ECOM y Empresa Nacional de Semillas.

^b Se refiere a diciembre de cada año.

^c A partir de 1973 se consideran cinco instituciones excluidas previamente por falta de información: Corporación de Magallanes, Entidad de Fomento, empleaba 793 personas en 1973; CONICYT, Entidad de Fomento, empleaba 129 personas en 1973; CONAF, Entidad de Fomento, empleaba 9 356 personas en 1973; J.N.J.J., Servicio Social, empleaba 1 967 personas en 1973; Consejo Nacional de r.v., Servicio de Administración Social, empleaba 22 personas en 1973. Total empleo: 12 267 personas.

^d Presupuestado.

4. Disminución del papel estratégico

La reducción cuantitativa de los asalariados en los sectores organizados podría compensarse con un aumento en su papel estratégico y por lo tanto no necesariamente implicar una reducción en su capacidad de negociación. Esta es una tendencia anticipable en la evolución del capitalismo moderno en el cual el progreso técnico viene incorporado a crecientes montos de capital con lo cual cada trabajador ve aumentar el monto de recursos que moviliza. De allí que su capacidad para negociar se multiplique también al afectar crecientemente en alguna medida el funcionamiento del sistema en su conjunto.

Una forma de analizar indirectamente si durante este periodo se registra un comportamiento como el señalado es observar la estructura de crecimiento del producto interno bruto. En ambos países se observa que

CUADRO 14. Producto interno bruto por sectores de actividad económica

(Porcentajes)

Sectores de actividad económica	Argentina (Serie en moneda nacional a precios de 1970)					Chile (Serie en moneda nacional a precios de 1977)				
	Estructura			Tasa crecimiento anual		Estructura			Tasa crecimiento anual	
	1950	1974	1980	1950-1974	1974-1980	1960	1973	1980	1960-1973	1973-1980
Total	100.0	100.0	100.0	3.5	1.4	100.0	100.0	100.0	3.5	3.6
Agricultura	16.5	13.2	12.9	2.6	1.0	10.9	7.9	8.3	-0.1	6.0
Minería	0.7	2.1	2.5	8.6	3.8	7.9	6.6	7.3	1.9	5.1
Industria	21.5	29.2	25.3	4.9	-0.9	22.9	26.8	21.9	4.6	0.6
Construcción	6.2	5.5	7.6	3.0	7.0	7.9	5.4	5.5	3.8	3.8
Electricidad	0.9	2.7	3.5	8.6	6.0	1.5	2.1	2.2	5.8	4.6
Transporte	13.7	11.1	10.9	2.6	1.1	4.3	5.1	5.7	4.6	5.1
Comercio y finanzas	19.7	18.9	19.1	3.4	1.6	20.7	23.3	28.1	4.3	6.4
Programa de vivienda	3.3	3.1	3.7	3.3	4.0	6.8	6.9	5.9	3.5	1.2
Administración pública										
Otros servicios	10.8	7.1	7.3	1.7	1.9	6.0	5.5	4.7	2.7	1.4
	6.7	7.1	7.2	3.8	1.9	11.1	11.3	10.4	3.5	2.4

FUENTE: Chile, elaboración PREALC a base de Banco Central de Chile, *Cuentas nacionales de Chile 1960-1980*, Santiago, Banco Central de Chile; Argentina, elaboración PREALC a base de CEPAL según cifras de fuentes oficiales.

los sectores productores de bienes y la industria manufacturera en particular, no sólo pierden participación en la absorción de empleo sino también en la generación del producto. En la Argentina dichos sectores generaban 39.5 % del producto total en 1974, y en 1980 sólo generan 38.9 %. En Chile en 1973 eran responsables de 41 % del producto, mientras que en 1980 sólo lo son de 37 %. La industria manufacturera se reduce en la Argentina de 29.2 a 25.3 % y en Chile de 26.8 a 21.9 %, registrándose una contracción en los niveles de producción en el primer caso y un relativo estancamiento en el segundo (véase cuadro 14). Es decir, esta información no parece sugerir que los trabajadores en dichos sectores estén movilizándose una proporción mayor de recursos debido al progreso productivo alcanzado en los mismos.

Sin embargo, es probable que en algunas ramas estratégicas dentro del sector industrial los asalariados mantengan su importancia. Existen variadas actividades industriales que ya sea por los insumos que proveen, por su participación en la generación de divisas, por la provisión de bienes o servicios considerados esenciales, o bien por su tamaño, deben desenvolverse normalmente. Aquí, los asalariados desempeñan un papel clave y por tanto, conservarán su importancia estratégica. Por otra parte, si la apertura de la economía se mantiene aquellas ramas productoras de bienes de comercio exterior tendrían un "techo" en la negociación colectiva determinado por la competencia externa de suerte que serían los trabajadores de sectores productores de bienes internos los que podrían tener mayor poder negociador. Esto implicaría un "debilitamiento" de la "clase obrera" propiamente tal en tanto son los sectores productores de bienes casi por definición los que corresponden a los de comercio exterior.

Lo anterior no hace sino resaltar la necesidad de un análisis más profundo acerca de los cambios generados en la estructura productiva y cómo éstos afectan la importancia estratégica de los trabajadores según sea el sector en el cual están insertos.

En síntesis, las políticas económicas seguidas tanto en la Argentina como en Chile no sólo acentúan las tendencias históricas en relación con la evolución de los asalariados industriales, sino que al introducir nuevos elementos que implican un mayor grado de desarticulación social generan una discontinuidad en el proceso. La participación del empleo industrial, que en el periodo 1950-1970 se mantuvo relativamente constante, cae en la década de los setenta. El sector formal urbano, que generó proporciones crecientes de empleo en el pasado, reduce abruptamente su participación en la última década. Los asalariados considerados como la

vanguardia obrera, que en la Argentina mostraron un aumento entre 1950 y 1960 y posteriormente se mantuvieron en proporciones relativamente constantes de la fuerza de trabajo total, y que en Chile se mantuvieron a niveles relativamente estables durante ese periodo muestran una reducción porcentual durante la década de los setenta. Más aún, la tendencia histórica significaba un aumento en el número absoluto de personas en ese tipo de puestos de trabajo, mientras que la década de los setenta implica una reducción absoluta en los mismos. Estas tendencias se registran también cuando se investiga el comportamiento de los obreros en los sectores industriales, de la industria manufacturera en particular, y de los que desempeñan ocupaciones manuales en todos los sectores de la economía.

Continúa como en el pasado aumentando la proporción de puestos de trabajo desempeñados por personal jerárquico y por las ocupaciones no manuales. Ello es consecuencia de tendencias de largo plazo que se acentúan en el corto plazo por la necesidad de las empresas de reajustar su estructura ocupacional ante cambios en las políticas económicas. A la continuación de las tendencias históricas se le agregan nuevos elementos que en definitiva implican un acentuamiento de la desarticulación social.

En primer lugar, la incapacidad de las nuevas políticas económicas para producir niveles de empleo productivo suficientes implica que el mercado de trabajo se ajusta por la vía del aumento de la desocupación abierta o de diferentes formas de subutilización. Ello se traduce en aumentos en la desocupación abierta o en aumentos en el sector informal urbano que en el pasado venía disminuyendo proporcionalmente en estos países. Además implica cambios dentro del mismo que tienden a deprimir la productividad y los ingresos de los allí ocupados. En segundo lugar, la disminución relativa y absoluta de los asalariados industriales no va acompañada de un aumento en su papel estratégico en cuanto a la magnitud de recursos que se movilizan en la economía. Por el contrario, la década reciente registra un estancamiento o hasta una contracción de la industria manufacturera, mientras que las tendencias históricas mostraban que en ambos países el sector industrial venía creciendo a tasas cercanas a 5% acumulativo anual. Por último, se introducen nuevos elementos que profundizan las tendencias hacia una mayor heterogeneidad de los que laboran en los sectores más organizados de la economía. El sesgo antindustrializador, el aumento de las ocupaciones relacionadas con actividades no manuales dentro de las empresas, el aumento de la dispersión salarial y la contracción del sector público como absorbedor de mano de obra son elementos que presionan hacia una mayor dispersión de ingre-

sos y, en definitiva, de intereses de aquellos que supuestamente constituyen un grupo homogéneo dentro de la estructura social.¹⁶

IV. A MODO DE CONCLUSIONES

1. *Tendencias originales o reproducción del capitalismo avanzado*

Las cifras analizadas en este trabajo para la última década permiten confirmar las tendencias históricas registradas en la Argentina y Chile entre 1950 y 1970. Como resultado de la aplicación de políticas económicas basadas en el monetarismo global se profundizan los rasgos que se habían insinuado en el largo plazo, perdiendo importancia en términos relativos los asalariados vinculados a las actividades de los sectores productores de bienes. Más aún, la reducción de los mismos se produce no sólo en términos relativos sino también absolutos. Esta es sin duda una situación nueva que se aleja del comportamiento previsible de acuerdo con los análisis clásicos.

La caída de la participación de los asalariados industriales no es, sin embargo, un fenómeno novedoso ni exclusivo de los países en desarrollo. Hace mucho tiempo que se ha comprobado en los países desarrollados el fuerte aumento de los sectores terciarios; hace también bastante tiempo que se ha observado que el sector secundario, y especialmente la industria manufacturera, no ha continuado creciendo. Estudios realizados para los países de la OCDE señalan que el sector industrial de dichos países luego de alcanzar un tope comienza necesariamente a descender en términos relativos. Es más, algunos llegan a establecer una relación lineal entre el nivel del ingreso por habitante y el punto de ruptura a partir del cual la participación creciente del empleo industrial comienza a descender.¹⁷

Un trabajo reciente de Cardoso (1982) intenta explicar esta situación a través de lo que denomina la explosión de los servicios en los países desarrollados. Sostiene que en los Estados Unidos la producción de bienes agrícolas e industriales no dio lugar a un crecimiento del empleo comparable al que ocurrió en el sector de los servicios. Entre 1947 y 1967 el empleo en dicho país aumentó de 57 a 74 millones y ese incremento fue virtualmente absorbido por los servicios. Así por ejemplo, indica que el incremento del empleo en la educación entre 1950 y 1960 fue mayor

¹⁶ Nos hemos referido solamente a la desarticulación social proveniente de cambios en la estructura ocupacional y no a otras medidas que pueden apuntar en la misma dirección y que se refieren, por ejemplo, a la política laboral.

¹⁷ Véase, por ejemplo, Naciones Unidas, Comisión Económica para Europa (1978).

que el número total de los empleados en el acero, cobre e industria del aluminio en cada uno de esos años. Lo mismo ocurre en el incremento del empleo en la salud respecto al total de empleados en la industria automotora.

Esta argumentación es sólo parcialmente relevante para explicar la pérdida de participación de los obreros industriales en la América Latina. Lo diferente en la región es precisamente que no obstante la acelerada expansión del sector secundario se producen cambios en el interior del mismo y del terciario. Esto es, el fenómeno de la informalidad urbana está presente en todos los sectores. Si en los países capitalistas avanzados se pueden explicar las modificaciones en la estructura de clases como resultado del surgimiento de una economía de servicios, lo diferente en la América Latina se refiere a la existencia y la permanencia de marginalidad o informalidad que afecta a una alta proporción de la fuerza de trabajo. Más adelante volveremos sobre las implicaciones de esta diferencia.

2. Efectos transitorios o permanentes del monetarismo global

Interesa analizar en qué medida los efectos de las políticas seguidas en la última década son permanentes o meramente transitorios. Se ha visto que la profundización de los cambios en la estructura ocupacional ha sido resultado de las políticas económicas seguidas. Se ha comprobado que como consecuencia de las mismas los cambios generados en dicha estructura y por tanto en la estratificación social han sido notorios y tienden a desarticular el movimiento social. Surgen, sin embargo, interrogantes como los siguientes. ¿Es este un fenómeno de largo plazo o está sólo vinculado a la coyuntura? Una vez que la economía termine su ajuste ¿volverán a reproducirse las características ocupacionales del pasado?

Si se trata sólo del desajuste temporal de la transición hacia un nuevo modelo no sería menester investigar las consecuencias del mismo. Si, por el contrario, la estructura ocupacional que está surgiendo es consustancial al modelo que emerge, sería importante detenerse a analizar las implicaciones que esto tiene en el futuro. Como resultado del monetarismo global en lo económico se ha generado una situación ocupacional que desarticula el movimiento social. Es tal vez un efecto no buscado, pero una vez que se produce constituye un factor importante para el éxito de la propia política económica que se pretende implantar. Si como resultado del experimento se hace estructuralmente más difícil la sindicación y la

organización de los trabajadores la nueva política económica habría generado mayores grados de libertad para avanzar en la aplicación de su receptor económico.

Si la estratificación social que emerge es un fenómeno de largo plazo vale la pena especular sobre posibles escenarios de desarrollo económico en la Argentina y Chile, y en particular, acerca de la factibilidad de reindustrialización de los mismos. Es indudable que la reindustrialización requerirá esfuerzos diferentes en uno y otro país.

3. Repensando la articulación social

Hemos señalado anteriormente que las interpretaciones válidas para explicar la decreciente participación de los asalariados industriales en la fuerza de trabajo en los países desarrollados no son suficientes para entender la situación en la América Latina porque el fenómeno tiene características estructurales distintas. No se trata por ello de postular un "adiós al proletariado", como lo señala Gortz (1980). Lo que parece indispensable es conocer las implicaciones que tiene la emergencia del sector informal sobre las relaciones sociales. Dichos sectores informales (o marginales, o capas periféricas, según diversos autores), son resultado y coexisten con el propio proceso de desarrollo. Adquieren, además, cierto carácter permanente. Por ello es sumamente necesario avanzar en su interpretación.

Algunos autores, como Touraine (1975), han intentado una explicación señalando que en todo cambio social hay ruptura, modernización, conquista y dominación exterior. No es eso lo que ha ocurrido, dice Touraine, en la Inglaterra de comienzos del siglo XIX o en los Estados Unidos del siglo XX. De ahí entonces que el concepto de clase social constituido por el concepto del análisis del modo de producción se hace más complejo cuando éste tiene que ser utilizado en el análisis de un proceso de desarrollo el cual es a la vez, por definición, un proceso de cambio. En Europa o en los Estados Unidos el aspecto económico y el social de las clases sociales no son sino las dos caras de la misma moneda. En la América Latina, en cambio, se ha producido una desarticulación de las relaciones de producción como resultado de la influencia del capital extranjero y del Estado. Esta distinción efectuada por Touraine, que sin duda va más allá que la diferenciación entre sector moderno y sector tradicional utilizada en este trabajo, le permite concluir que para trabajar con la realidad latinoamericana es conveniente distinguir entre pueblo y oligar-

quía, en cuanto pueblo no se define sólo por el concepto de explotación sino más bien por el concepto de exclusión.

Otros autores, especialmente Lloyd (1982), señalan que los conceptos de clases sociales en la forma que han sido desarrollados por la sociología, sea ésta la sociología marxista o sus derivados posteriores, incluido Weber, no son adecuados para analizar las relaciones que se producen en el Tercer Mundo. En su concepto, los estilos industrializadores del Tercer Mundo se parecen solamente en parte a aquellos de los países desarrollados del siglo XIX.¹⁸ Los pobres urbanos, asimismo, enfrentan situaciones muy distintas de aquellas que tenían los trabajadores del siglo XIX. De ahí entonces que es menester buscar nuevos mecanismos de interpretación.

La masa aparece mucho más individualista y menos enrolable para determinadas luchas que tengan como propósito el cambio social. Difícilmente luchar por mejores salarios puede tener algún efecto respecto a aquellos sectores que están empleados por cuenta propia. En cierto modo, señala Lloyd, el individualismo prevaleciente en este tipo de actividades conduce a los sectores marginados a tener conductas propias de pequeños burgueses en lo que se refiere a sus valores y visión del mundo. Pero en tanto son también pobres tendrían conductas mucho más contestatarias frente al Estado, al gobierno y a la sociedad de la cual forman parte; es decir, se asemejarían más a los "proletarios" de la sociedad desarrollada.

No tienen dichos sectores un lugar geográfico común que los congregue a diferencia del obrero industrial cuyo lugar natural de encuentro es la empresa. Su organización, en consecuencia, se hace infinitamente más compleja. Sin embargo, y pese a sus crecientes desigualdades económicas y sociales no existe una percepción clara del "conflicto", en parte por la movilidad geográfica que tienen los informales y en parte por su fragmentación en pequeñas empresas. Lo que ellos perciben, según Roberts (1979), es un conjunto de problemas que los afectan y cuya solución se cree la tiene el Estado. "Obligados a vivir lejos de la ciudad, con facilidades de transporte y servicios inadecuados, los pobres pueden desarrollar una conciencia de su situación general a pesar de la heterogeneidad de sus ocupaciones". Esto implicaría que esta clase de problemas serían más movilizados que los habituales de la clase obrera: nivel de salarios, condiciones de trabajo, previsión, etcétera.¹⁹

¹⁸ Que es el "mundo" que los clásicos conocieron y trataron de explicar.

¹⁹ Otro elemento importante para algunos autores se refiere a la vinculación que muchos de estos trabajadores tienen con lo que denominan la "aristocracia obrera" usualmente vinculada al sector externo. Esto introduciría una mayor complejidad en lo que sería la clase tra-

Surge entonces el interrogante de cuáles son los intereses que pueden llegar a movilizar a este creciente sector social informal urbano. Hasta ahora la movilización se entiende a partir de la ubicación que los actores sociales tienen en el proceso productivo. Pero la característica de estos nuevos actores sociales es justamente su inserción precaria y compleja en el mismo.

El debate futuro, en consecuencia, tendrá que considerar la forma en que estos nuevos actores se articulan al sistema social. ¿Conservarán su autonomía, o bien, se identificarán con algunos de los principales grupos sociales existentes?²⁰ Esto implica estudiar con mayor profundidad el carácter de las relaciones sociales que emergen de este nuevo estrato, observar su grado de permanencia, sus valores y las formas de organización que adoptan.

Sin embargo, la relación del monetarismo global con la intensificación del fenómeno informal en la fuerza de trabajo no es ni única ni exclusiva de la experiencia monetaria. En este trabajo se le ha dado deliberadamente preminencia, aunque hay asimismo otros factores que deberían analizarse pero que exceden los límites de estas notas. Así por ejemplo, la aparición de estamentos —medios altos— vinculados a actividades privadas de servicios (especialmente comercio y finanzas) y los que se derivan de la apertura del abanico salarial tienen también importancia entre los nuevos actores sociales que genera el monetarismo. Esto se manifiesta en una mayor heterogeneidad de los grupos ya incorporados.

Otro elemento que también debiera considerarse es la importancia que tiene el sector obrero en una economía en expansión, cuando el aumento del sector terciario o de servicios es resultado de su propio dinamismo, respecto a aquella otra en que precisamente por su falta de dinamismo cae la actividad productiva y el aumento terciario será "espurio" en tanto no obedece al crecimiento económico. Se ha dicho que en este segundo caso, si bien la clase obrera disminuye su participación, es evidente que no será cooptada por un sistema carente de dinamismo, a diferencia de lo que puede acaecer en el capitalismo de servicios descrito por Cardoso. La importancia estratégica del proletariado en el modelo no dinámico estará latente, pues tan pronto como dicha economía se reactive éste volverá a

bajadora propiamente tal respecto a la prevaleciente en los países desarrollados. Esta explicación no parece, sin embargo, ser relevante para los países analizados en este trabajo en general y menos durante el experimento monetarista.

²⁰ Otros autores van más allá que sugerir intereses antagónicos entre ambos grupos sociales, anteponiendo los intereses de los marginales a los del proletariado y elevando a los mismos a la categoría de sujeto privilegiado del cambio social.

tener algo que decir; su fuerza como actor social en dicha reactivación será entonces importante.

BIBLIOGRAFÍA

- Argentina, Ministerio de Trabajo; PNUD; OIT (1981), *El sector "cuenta propia". Estudio socio-económico del trabajo independiente y de la miniempresa en la Capital Federal y en el Gran Buenos Aires, 1980*, Buenos Aires, Ministerio de Trabajo.
- Beccaria, L., A. Orsatti y A. Rupnik (1982), *Movilidad ocupacional y distribución del ingreso en la Argentina. El largo plazo y los años setenta*, documento presentado al Grupo de Trabajo sobre Movilidad Ocupacional en la América Latina, realizado en PREALC, Santiago de Chile, abril.
- Canitrot, A. (1980), "La disciplina como objetivo de política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social, enero-marzo.
- (1981), "Teoría y práctica del liberalismo. Política antinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social, julio-septiembre.
- Cardoso, F. H. (1968), *Cuestiones de sociología del desarrollo de la América Latina*, Santiago, Editorial Universitaria, 1968. Las cifras del texto están tomadas del capítulo iv, el cual el autor lo escribió en colaboración con José Luis Reyna.
- (1982), "Las clases en las sociedades capitalistas contemporáneas. Notas preliminares", *Comercio Exterior*, México, Banco Nacional de Comercio Exterior, febrero.
- Foxley, A. (1982a), *Enfoques ortodoxos para el ajuste económico de corto plazo: Lecciones de la experiencia y temas de investigación*, Santiago, PREALC; borrador.
- (1982b), *Experimentos neoliberales en la América Latina*, serie Colección Estudios CIEPLAN núm. 7, Santiago, CIEPLAN.
- Gorz, A. (1980), *Adieux au prolétariat*, París, Galilée.
- Klein, E. (1981), "Diferenciación social. Tendencias del empleo y los ingresos agrícolas", *EL TRIMESTRE ECONÓMICO*, México, Fondo de Cultura Económica, julio-septiembre. También en PREALC: *Economía campesina y empleo*, Santiago, PREALC, 1981.
- Lloyd, P. (1982), *A Third World proletariat?*, serie Controversies in Sociology núm. 11, Londres, George Allen & Unwin.
- Mouffe, Ch. (1982), "Clase obrera, hegemonía y socialismo", *Socialismo y participación*, Lima, Ediciones Socialismo y Participación, marzo, pp. 23-33.
- Naciones Unidas, Comisión Económica para Europa (1978), *Structure et évolution de l'industrie européenne*, Nueva York, Naciones Unidas.
- Olavarría, C. (1978), *La asignación de tierras en Chile (1973-1976). Sus efectos en el empleo agrícola*, serie monografías sobre empleo/9, Santiago, PREALC.

- Poulantzas, N. (1975), *Classes in contemporary capitalism*, Londres, N.I.B.
- PREALC (1980a), *Necesidades esenciales y políticas de empleo en la América Latina*, Ginebra, OIT.
- (1980b), *Los trabajadores por cuenta propia en Santiago*, serie Documentos de trabajo/184, Santiago, PREALC.
- (1981a), *Dinámica del subempleo en la América Latina*, Santiago, CEPAL.
- (1981b), *Estructura y evolución salarial en el sector industrial moderno en Chile*, serie Documentos de trabajo/201, Santiago, PREALC.
- (1981c), *Small farmers and agricultural workers in Chile*, serie Documentos de trabajo/210, Santiago, PREALC.
- (1982), *Políticas de estabilización y empleo en la América Latina*, serie Investigaciones sobre empleo/22, Santiago, PREALC.
- Roberts, B. (1979), *Cities of peasants. The political economy of urbanization in the Third World*, California, Sage Publications Inc.
- Schvarzer, J. (1981), *Expansión económica del Estado subsidiario 1976-1981*, serie Ensayos y tesis CISEA núm. 3, Buenos Aires, CISEA.
- Tokman, V. E. (1981), "Estrategia de desarrollo y empleo en los años ochenta", *Revista de la CEPAL*, Santiago, CEPAL, diciembre.
- Touraine, A., y otros (1967), *Sindicato y comunidad. Dos tipos de estructura sindical latinoamericana*, Buenos Aires, Editorial del Instituto Torcuato di Tella.
- (1975), "Les classes sociales dans une société dépendante", *Revue Tiers Monde*, París, Institut de Développement Économique et Social, abril-junio, pp. 235-256.